

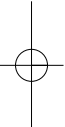
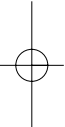
Ricardo Moreno Castillo

# DE LA BUENA Y LA MALA EDUCACIÓN

Reflexiones sobre la crisis  
de la enseñanza

Prólogo de Eduardo Mendoza

**los libros del lince**



Diseño de colección y cubierta: Lucrecia Demaestri  
Imagen de cubierta: © Martín Kovensky ([www.kovensky.com](http://www.kovensky.com))

Primera edición: octubre de 2008  
© Ricardo Moreno Castillo, 2008  
© Eduardo Mendoza, 2008, por el prólogo  
© Los libros del lince, s.l., 2008  
Escorial, 160  
08024 Barcelona  
[www.loslibrosdellince.com](http://www.loslibrosdellince.com)  
[info@loslibrosdellince.com](mailto:info@loslibrosdellince.com)

ISBN: 978-84-936536-4-4  
Depósito legal: B. 45.948-2008

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y ss. del Código Penal).

## ÍNDICE

*Prólogo*, por Eduardo Mendoza, 9

*Introducción*, 17

CONDUCCIÓN SIN EXCLUSIONES, 29	
SOBRE UNAS DECLARACIONES	
DE ALEJANDRO TIANA, 35	
UNA NUEVA LEY QUE NO TOLERE NI EJERZA	
LA VIOLENCIA, 41	
ALGUNAS FALACIAS	
DE NUESTRO SISTEMA EDUCATIVO, 47	
A VUELTAS CON EL INFORME PISA, 53	
ESCUELA Y SOCIEDAD, 61	
LO SIMPLE Y LO COMPLEJO, 71	
SOBRE LA DIVERSIDAD, 81	
ELOGIO DE LA NOSTALGIA, 89	
ACTUALIZACIÓN Y RENOVACIÓN, 99	
EDUCACIÓN, AUTORIDAD Y DIÁLOGO, 107	
ALUMNOS SUMISOS, OBEDIENTES Y ACRÍTICOS, 119	
PERO ¿QUÉ TENDRÁ DE MALO RECONOCER	
QUE UNOS SABEN MÁS QUE OTROS?, 131	

SOBRE LA EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA, 145

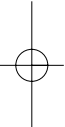
POR QUÉ SE DEBE ESTUDIAR

HISTORIA DE LA CIENCIA, 155

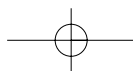
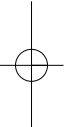
SOBRE LA LECTURA, 165

*Procedencia de algunos artículos, 173*

## PRÓLOGO



El título del libro excusa toda descripción. Nadie ignora lo que significa el término *educación*, que, a pesar de su polisemia, ha desplazado por completo al término *enseñanza*, quizá más preciso para designar el asunto que nos ocupa, pero lastrado por una connotación de actividad unidireccional que choca con los principios y las sensibilidades al uso. Sea como sea, la educación, en la medida en que prepara a los ciudadanos para la convivencia, la productividad y, en buena medida, para su realización personal, es asunto de la máxima importancia. Tan importante como la economía, la gestión social o las libertades individuales. De hecho, estos conceptos son encarnaciones de una misma divinidad y su interdependencia resulta evidente. No obstante, las peculiaridades de la educación la convierten en un tema intratable. Entre otras razones, porque tiene un aspecto público y otro privado que se contradicen: la educación es la piedra angular de la convivencia y el progreso, y en este sentido todos somos responsables de que sea amplia, coherente y equitativa; pero, a nivel individual, todos somos responsables de la educación de nuestros hijos, en la medida en que constituye la



base de su futuro. De resultas de lo cual el baremo de nuestra exigencia oscila en función de nuestras circunstancias. Todo se mezcla y contrapone en una actividad en la que los principales afectados, o sea, los educandos, por definición, no pueden tomar ninguna iniciativa, salvo la de reventar lo que ya se decidió sin consultarles. Tal vez su espinosa condición provoca que los políticos se abstengan de adentrarse mucho en este territorio. En todas las declaraciones programáticas se hace una mención abstracta y triunfalista del proyecto educativo, y aquí acaba todo. Las vicisitudes diarias de la política de partidos, los avatares de la economía, las relaciones internacionales y otras cuestiones prácticas absorben por completo su atención. Y el colosal problema de la educación es delegado en un grupo formado por la diabólica alianza de la burocracia más rancia y lo que podríamos llamar, salvo excepciones y sin ánimo de ofender a nadie, un grupo de pirados. El resultado es un caos que no sirve a los intereses generales ni a los particulares y que, como tantos monumentos de la arquitectura contemporánea, es magnífico por fuera e inservible por dentro. Al costo astronómico de la educación a escala nacional, a la necesidad de que sea igualitaria e integradora en vez de discriminatoria como en el pasado, y a los profundos cambios sociales debidos a, entre otras causas, los flujos migratorios, se añade el factor ideológico, es decir, los principios que rigen la organización de la educación, los contenidos y las posibles formas de afrontar los ingentes problemas.

Lo antedicho, y lo que ahora diré, por si hiciera falta advertirlo, es mi opinión personal y en nada compro-

*Prólogo*

II

mete al autor del libro, ni a la editorial, ni a nadie salvo a mí, que, por añadidura, no soy experto en la materia, lo que tampoco significa que no pueda opinar como cualquier ciudadano respecto de la cosa pública.

Aclarado este punto, añadiré que la ideología que subyace al concepto básico de la educación hoy en día parece provenir o ser un producto residual del viejo ideal romántico que exalta al individuo frente a la comunidad y a la comunidad frente al individuo con una vehemencia que le impide apreciar la contradicción inherente. El héroe romántico se rebela contra la sociedad, a la que desprecia, y se sacrifica por la patria, a la que adora. Rompe con todas las convenciones sociales y a continuación hace voto de obediencia. Es un hombre de acción, nunca un sujeto pasivo, y alguien que prefiere la aventura a la monotonía de un despacho, una biblioteca o un laboratorio. Como es lógico, un sistema educativo que instiga a los alumnos a rechazar el propio sistema que se les impone no puede dar buen resultado. Que la concepción de la educación, sus métodos y sus fines pivoten sobre esta paradoja podría figurar en uno de los viajes de Gulliver, pero viene siendo la realidad pedagógica del mundo civilizado desde hace bastantes décadas.

El libro de Ricardo Moreno Castillo ejemplifica la lucha del sentido común contra este caos complacido. No es un ensayo extenso, sino un conjunto de textos dispersos sobre aspectos parciales de la cuestión, que remiten, natural y reiteradamente, al meollo de esa misma cuestión. Los textos se articulan a partir de proposiciones

de distintos pedagogos, contra los que el autor libra un combate breve y desigual. Leer el libro produce el mismo efecto que ver varias películas cortas de Charles Chaplin: el mismo personaje en situaciones distintas, pero similares, siempre enfrentado a un enemigo formidable. En nuestro caso, frente al porfiado luchador se levanta un colectivo que parece provenir de las filas del catolicismo, del comunismo y del nacionalismo, tres estamentos que no se distinguen por su predisposición a aceptar la crítica. Al final, en los textos de este librito, como en el símil cinematográfico antes citado, queda claro quién lleva la razón y también quién se lleva los palos.

Los textos, sin embargo, son mesurados en el tono, rezuman la paciencia del maestro y el convencimiento íntimo de que la sensatez acabará imponiéndose. El conjunto no es, como a veces apunta su autor, un panfleto, sino lo contrario: un análisis razonado y metódico, que en ocasiones presenta aspectos formales panfletarios muy divertidos. «Quien se pasa la vida denunciando las contradicciones de la sociedad que le rodea y es incapaz de reflexionar sobre las propias no tiene un espíritu crítico, simplemente es un cantamañanas», dice. Pero en general su tono es didáctico, claro, preciso en las definiciones, con frecuente recurso a símiles que facilitan la comprensión, bien por analogía, bien por reducción al absurdo.



Para resolver un problema se ha de averiguar su causa, y la de la violencia en nuestras aulas no está, dígase lo que se diga, ni en los cambios sociales, ni en la televisión, ni en la presencia de inmigrantes. Está, sencillamente, en que nuestro sistema educativo no educa, es un sistema perverso porque ejerce la violencia y la tolera. La ejerce sobre los que quieren estudiar y no pueden por culpa de quienes boicotean la clase. La ejerce sobre los que quisieran aprender un oficio para llegar a la edad laboral profesionalmente cualificados y están encerrados en un aula escuchando cosas que ni entienden ni les interesan. En una misma clase, bajo el cuidado de un profesor al cual se ha despojado de toda autoridad, hay alumnos con todas las asignaturas del curso anterior aprobadas y otros que no han aprobado ninguna, alumnos que desean progresar y otros que se dedican a molestar. Unos y otros están frustrados. ¿Es de extrañar que un ambiente de frustración general degenerare en violencia? Si un alumno que repite porque suspende ocho asignaturas sabe que no va a repetir de nuevo aunque vuelva a suspenderlas, nada le estimula a

estudiar. ¿Es para sorprenderse que un alumno completamente ocioso se porte mal?

El desprecio por el conocimiento (se puede terminar la ESO sin saber la tabla de multiplicar ni distinguir un nombre de un verbo) y la falta de hábito de trabajo generan seres inmaduros y, en consecuencia, propensos a la violencia. Una persona madura no necesita agredir a un semejante para sentirse alguien. La madurez, además, tiene que ver con la responsabilidad, y hoy los alumnos raramente tienen que *responder* de nada. Si no aprenden, la culpa es del sistema, que no los motiva. Si son zafios y maleducados, es que están inadaptados. Si no estudian, algo les pasa, porque ya se sabe que los chicos nacen con una inclinación natural hacia el trabajo, y a la vagancia se la conoce a menudo como «dificultades de aprendizaje». Hay una tendencia por parte de algunos educadores paternalistas a considerar los defectos como patologías, pero madurar significa reflexionar sobre los propios defectos, a fin de superarlos, y si los defectos se tratan como si fueran patologías, se bloquea toda capacidad de mejorar.